

Antonia Velázquez



CERRAR EL CÍRCULO DE LA HISTORIA





***ADRIÁN VELÁZQUEZ
GALLARDO***

***Primer Alcalde de La Algaba
en la II República***

AÑO 1931 - 1932

Antonia Velázquez



**PRIMER ALCALDE DE LA ALGABA EN LA II REPÚBLICA.
AÑO 1931 – 1932**

1ª Edición: Sevilla a 01 de Diciembre de 2023

©Copyright de la obra: Antonia Velázquez

©Copyright de la edición: Ediciones Albores

Email: info@edicionesalbores.com

ISBN: 978-84-19946-37-9

Web editorial: www.edicionesalbores.com

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra, así como su contenido y/o el diseño de portada y contraportada.

La editorial se exime de toda responsabilidad sobre los posibles daños o perjuicios que pudiera ocasionar el contenido mismo de la obra.

Dedicado con todo mi cariño y profundo respeto a mi abuelo Adrián Velázquez Gallardo, a mi abuela Josefa Cruz Bencano, a mi tía Dolores Velázquez Lires, a su madre Dolores Lires Castro. A mi familia y todos los que llevamos el apellido Velázquez con orgullo y dignidad. Con toda humildad espero hacerles honor y justicia contando su historia. Especialmente se lo dedico a mi hermana Fernanda. Dejaste en mí un vacío inmenso difícil de llenar, "Te echo mucho de menos nena." Siempre llevare conmigo anclado en el corazón, el ejemplo de mi padre, el amor de mi madre y la compañía de mi hermana.

*Cuántas cosas han sobrevenido desde entonces!
España, donde lo escribí, es una cintura de ruinas.
Ay! Si con sólo una gota de poesía o de amor pudiéramos
apacar la ira del mundo, pero eso sólo lo pueden
la lucha y el corazón resuelto.
El mundo ha cambiado y mi poesía ha cambiado.
Una gota de sangre caída en estas líneas quedará
viviendo sobre ellas, indeleble como el amor.*

Pablo Neruda, marzo de 1939

PRÓLOGO

Existe toda una literatura especializada sobre la Guerra Civil española que ni siquiera puedo presumir de conocer a fondo, incluso repito ideas ya expuestas en alguna publicación sobre la formación y el desarrollo de la historia de España.

No soy historiadora en el sentido literal de la palabra. No investigo los hechos pasados o los acontecimientos sucedidos, únicamente narro lo que me han contado mis padres, mis tías y demás familia de lo que vivieron ellos, sus padres y otras personas que amaron, sufrieron y padecieron en ese periodo convulso de la primera mitad del siglo XX en España, que en mi entorno ya no queda prácticamente nadie.

Escribir este relato es motivo de orgullo, sí, pero a la vez, también una responsabilidad. Evocar una historia verídica es siempre difícil, mucho más cuando es personal, toca tus sentimientos y los de los tuyos.

Los personajes son casi todos reales, los lugares que cito y describo también. Algunas situaciones son inventadas según mi percepción o mi deseo de que hubiese sucedido tal cual, las lagunas las lleno de emoción, mis miedos de imaginación, ya que no tengo a quien preguntar, ya nadie sabe nada y los que pueden que estén con vida se pierden en las tinieblas del olvido.

Se ha escrito mucho sobre la Guerra Civil española y sobre la posguerra, pero todas son aportaciones necesarias, porque ayuda a entender lo que aquella sociedad fue. La complejidad de la época, las distintas formas con que los descendientes de aquel amargo episodio de nuestra historia se enfrentan a la memoria, por eso es necesario oír todas las

voces que nos hablan. Ellos representan a muchas familias y niños que padecieron una guerra en la retaguardia que no alcanzaban a comprender, así como padecer las penurias de la posguerra. Perdieron sus sueños, su juventud y tuvieron que conformarse con sobrevivir durante aquellos años.

La guerra dejó víctimas en las dos partes, aunque el régimen franquista se esforzó en borrar los rastros de unos de los bandos a través de la exclusión social, la humillación y del arma más poderosa, el miedo.

Nadie de mi generación a tenido que luchar con arma en mano para defenderse, ni matar en nombre de la Patria ni de ideologías, porque no hemos conocido la guerra. Pero mi abuelo sí y mi padre, igual que muchos otros españoles. Vivieron la experiencia también de unos trabajadores y trabajadoras que sufrieron una de las dictaduras más duras del siglo XX europeo. Hombres y mujeres que construyeron y preservaron un mundo de valores propios y ejercitaron formas de lucha que transformaron la vida de los que llegamos después.

Desde 1931 hasta 1940, Adrián Velázquez Gallardo primer alcalde de La Algaba de la Segunda República, era un hombre de treinta y siete años que se abre camino en los años treinta.

Le acompañaremos en la despedida de su familia y posterior huida para salvar la vida a través de campos peligrosos y caminos tortuosos, donde vio enfrentamientos y muerte. Su llegada a Cartagena donde tras ser herido y conocer a una mujer que le salvo la vida, vivió con ella durante tres años y con la que tuvo una hija, su vuelta a La Algaba y posterior encarcelamiento tras ser detenido. Todo lo que sufrió esta mujer, esta niña y por supuesto, su esposa y sus hijos en el pueblo.

Las guerras civiles son un fracaso político enfrentando en trincheras a hermanos, amigos y familias. Son imperdonables

ya que la paz no nace cuando termina la guerra. Espantosa y violenta, destruyó hogares, arruinó el país y llevó a muchos españoles al exilio. Una guerra donde muchos se jugaron la vida por la libertad, la libertad que ahora mismo gozamos gracias a su esfuerzo y al de otros muchos anónimos, cuyos cuerpos aún permanecen en cunetas o fosas comunes de cementerios de España y lapidas sin nombre. Una posguerra con represión, donde a los niños se les insuflaba valores fascistas, donde muchas familias siguieron luchando contra el franquismo en la época más dura y más silenciosa del siglo XX.

Esté libro refleja la tremenda historia de mi abuelo Adrián, la terrible experiencia de quien tiene la desgracia de vivir dos guerras mundiales y una guerra civil en primera persona. Puede que la vida de mis abuelos no difiera en nada de otras vividas a final del siglo XIX, principio y durante el siglo XX, época de incertidumbres, hambre, incultura, reformas, cambios y guerra entre hermanos. Su intensidad es desgarradora y su tristeza infinita, por eso hoy la escribo, me queda el consuelo de que fueron felices, a la vez que muy queridos, todos sus nietos de alguna manera pudimos suplir tanta pena acumulada.

Al repasar la historia, a veces te sorprenden los hechos, pero no te cuestionas la pena y el sufrimiento que se esconden tras ellos. Mis intenciones no son otras que las de narrar los sucesos tal como me lo contaron, sin pretensión que la de mantener encendida la luz de la historia. La memoria está llena de olvidos.

La parte fría de los hechos que para mí son datos y fechas, solo transmiten un conocimiento concreto, pero mi propósito es difundir y propagar lo más útil, que lo proporciona el entendimiento de las emociones, el dolor y los sentimientos. Para mí es difícil, ya que es ponerme en el pellejo de mi abuelo y demás familia, desnudar mi alma y la de ellos. Tratar

de identificar sus posibles emociones, entender y aclarar, sin mayor pretensión que la de ver a mi abuelo sumido en sus problemas e intentando salir de ellos.

Esta novela histórica es el retrato de una época difícil, marcada por la guerra civil y sus consecuencias: Los bombardeos, el miedo, el envío de niños al extranjero, la represión, las amistades rotas por las ideologías, la tuberculosis, la propaganda, el racionamiento, el estraperlo, el hambre, el dolor, el sufrimiento, son algunos de los temas que aparecen a lo largo de sus páginas.

Con esta historia también quiero rendirles un homenaje, a todas aquellas mujeres, que durante esos años difíciles y desde la trinchera de sus propios hogares y protegiendo a sus hijos, resultaron ser el motor clave de una sociedad arruinada. Aquellas mujeres que sobrevivieron al hambre y a la miseria de tiempos difíciles, las que el sufrimiento habitual de cada día jamás les venció en su eterna lucha, intentando buscar siempre la felicidad en los buenos sentimientos de los pequeños detalles que daban sentido a sus vidas. Sus nombres y sus biografías nunca aparecerán en los libros de historia ni en las enciclopedias. Para que la paz y la convivencia no vuelva a pasar por tan desolada tragedia y no vuelva a repetirse nunca, hay que recordar con precisión y lucidez preservando la memoria.

Han pasado muchos años, mucho tiempo transcurrido, pero es un tema aún muy vivo. En estos años han cambiado muchas cosas, aunque desgraciada e inevitablemente con el tiempo, también han desaparecido muchos de los que vivieron esta historia como protagonistas y testigos.

Sin duda la guerra civil española es el hecho más trascendente de nuestra historia contemporánea, y sigue siendo el suceso histórico que se resiste a ser olvidado. Es una realidad de nuestro pasado y sigue presente en la

memoria, que no es otra que el recuerdo individual de las vivencias de todos aquellos que fueron testigos de ella.

Reconocer y no condenar al olvido a quienes dieron su vida por un ideal democrático, igualitario y social.

Las tumbas sin nombres no pueden ni deben quedar en la inconsciencia y omisión. Ni silenciar esta larga etapa histórica que aconteció, que las generaciones venideras conozcan en su plenitud. Lograr la rehabilitación pública y social de todos esos hombres y mujeres valedores de la legalidad republicana.

CAPÍTULO 1

AÑO 1996

El vuelo se retrasaba por una hora. Hacía rato que Dolores esperaba en la puerta de embarque.

Cuando llegaron al aeropuerto de La Coruña, lo habían hecho con tiempo suficiente y no había cola de espera para conseguir la tarjeta de embarque. Dolores que llegó acompañada de su marido y uno de sus hijos que no paraban de darle consejos; que tuviese cuidado, que estuviese tranquila, y que si no le gustaba lo que encontrase, que saliera corriendo de allí porque no conocía a las personas que iba a visitar. Ella iba a conocer a su familia, su familia por parte de padre que jamás había visto.

El vuelo transcurrió pacífico y sereno, en menos de hora y media aterrizó en el aeropuerto de Sevilla. Y acá estaba, su intención era permanecer allí el tiempo suficiente de obtener toda la información que necesitaba sobre su padre; ¿quien era? ¿a que se dedicaba? ¿por que la abandonó de pequeña?

- ¿Tía Dolores?- Escuchó que le llamaban, se dio la vuelta y observó que dos personas jóvenes se le acercaban, enseguida supuso que era su sobrina.

Después de hacer las obligadas presentaciones con dos besos en las mejillas y un abrazo: - ¡Que alegría!, no sabes cuánto hemos deseado conocerte. Venga, acompañanos que nos esperan en La Algaba, todos están ansiosos y nerviosos por verte-.

Fueron a recogerla en coche, por el camino, su sobrina no dejaba de hablar, dándole mucha información sobre la familia, información que a Dolores le costaba asimilar por lo rápida que hablaba. Poco más de veinte minutos llegaron a

su destino, los cuales a ella se le hicieron eternos. Dolores sintió un cosquilleo profundo y enérgico al entrar en el pueblo. Una intensa emoción sacudió su cuerpo y unas lagrimas querían brotar de sus ojos por su padre, al que nunca conoció, sintiéndose ella como lo que era, una víctima inocente de una absurda guerra.

Cansada del viaje e insegura por todo lo que estaba a punto de vivir y descubrir, llamó a la puerta, transcurrido un instante, que a ella le pareció eterno, le abrió una señora de apariencia jovial, alta y muy expresiva de ojos vivaces. Frente a sus hermanos a los que veía por primera vez y de los que hasta hacía muy poco no sabía de su existencia, debido a una cruel guerra y a los secretos y miedos que de ella derivaba. Dolores se sentía nerviosa, excitada pero deseosa de saber quién fue su padre, conocer sus raíces y la razón de su existencia.

- Buenas tardes, Soy Dolores – Dijo con voz algo temblorosa y acento gallego.

- ¡Pasa, pasa! ¡Ay, Dios, tu debes ser Dolores, nuestra hermana! Yo soy Josefita, pero dime y el viaje, ¿todo bien?- acompañándola e indicándole el camino hacia el interior de la vivienda.

Pasaron por un vestíbulo que daba a un salón con una gran ventana, enseguida le llegó el delicioso aroma del café recién hecho. Allí se encontraban dos personas más que enseguida se levantaron al verla.

- Buenas tardes, yo soy Miguel el mayor y ella – dijo señalando a otra mujer más bajita que la que le abrió la puerta – es mi hermana Dolores -

Después de hacer las presentaciones se acercaron a ella saludando con dos besos en la mejilla.

- Pero toma asiento mujer, no te quedes de pie – le dijo Miguel indicándole una silla que se encontraba junto a un mueble con libros y algunos adornos.

- Yo soy Josefita como te he dicho, la más pequeña de cinco hermanos que éramos, aunque ya quedamos solo nosotros, Purita y Adrián fallecieron por desgracia hace unos años— le dijo ésta observando Dolores tristeza en sus palabras.

- Hace años te buscamos sin éxito — le informo Miguel muy atento, de aspecto sereno, aunque por las veces que se tocaba las gafas, Dolores pudo apreciar que también estaba algo nervioso

- Solo teníamos conocimiento de que naciste en Cartagena, en 1939, pero cuando indagamos no encontramos nada que correspondiera con los datos que teníamos en nuestro poder. -

Dolores se sentía emocionada, sin dejar de observar y analizar todo el entorno respondió tímidamente:

- Cuando contaba con solo unos meses de vida, mi madre y yo, nos trasladamos a La Coruña con la familia materna que residía allí, nunca más volvimos a Cartagena-

Josefita se acercó a ella, tomándola de las manos y con una amplia sonrisa le dijo:

- Enseguida vuelvo, estás en tu casa, tenemos mucho que contarnos y hablaremos largo y tendido, disponemos de tiempo sin nada que lo impida -.

Miró a su alrededor y percibió un ambiente muy acogedor, era el mes de julio, y allí en La Algaba hacía mucho calor, pero el salón era fresco, se sintió cómoda, aunque Dolores iba con una pregunta que le quemaba y la cual estaba deseando formular, "¿Quién era su padre?" .

Se había trasladado desde el Norte de España hasta el pueblo que según descubrió hace solo unos meses, era el pueblo del hombre que le dio el ser, La Algaba.

Después de muy corto espacio de tiempo, Josefita volvió de la cocina con una bandeja en las manos, sobre la que se

posaban cuatro tazas y dos jarras, una con café y otra con leche caliente, se le ofreció una taza y unas pastitas que ella aceptó con gusto, parecía una familia educada y sencilla, sintiéndose más segura y confiada, ya que durante su viaje, no dejó de pensar sin saber qué tipo de familia podría encontrar, o que clase de sorpresas le esperaban.

Dolores no dejaba de mirar una foto que había sobre la mesa del salón, era de un hombre de unos treinta y pocos años, con el pelo muy corto y claro, pero por la poca nitidez parecía antigua. Miguel que la observaba, al darse cuenta de su interés y curiosidad, le dijo tomando la foto y mostrándosela:

– Sí...éste es nuestro padre...tú padre. - Dolores la tomo entre sus manos, acariciándola con lentitud y con mil preguntas guardadas durante años en el fondo de su alma, las cuales anhelaban por ser gritadas a voces.

-Por los años que han pasado, intuirás que falleció, aunque no era muy mayor y seguro le hubiera hecho feliz verte. Estabas presente en su memoria y en su corazón, siempre se reflejaba en su rostro esa melancolía, solía decir que la guerra le robó un trocito de su alma. Bueno, pero cuéntanos tu primero ¿Cómo has dado con nosotros, y después de tantos años? - le dijo para romper ese momento de tristeza

– En tu llamada, sólo nos dijiste que acababas de descubrir el nombre de tu padre y de donde procedía -

CAPITULO 2

Dolores, se dispuso a narrar paso a paso y gradualmente, mirando la taza de café que sostenía, cómo descubrió a los sesenta años que tenía un padre que la había reconocido al nacer y, por tanto, le dio su apellido, pero que no correspondía con el que tenía actualmente, que eran los dos apellidos maternos.

- Al pedir una partida de nacimiento para contraer matrimonio, en el Registro Civil de La Coruña, aparecía con los dos apellidos de mi madre, igual que la de mi hermano, cuatro años mayor que yo, nacido de una relación larga que tuvo mi madre, el cual después se negó a reconocer como padre. También tenía un primo, cuatro años menor que yo, aunque le llamaba hermano, porque nos criaron juntos, ya que siendo muy pequeño, quedó huérfano, hijo de una prima hermana de mi madre que ella acogió y del que se hizo cargo al quedar desamparado.- Dolores estaba un poco nerviosa al contar su vida.

-En aquel entonces, me llamó la atención la fe bautismal a los seis meses en Noia, por la fecha y porque la madrina fue una tía de mi madre y padrino, un hijo que contaba con tan solo catorce años. - Tomando un respiro absorbió de la taza y con un hondo suspiro prosiguió su relato.

- En mi partida de nacimiento solo constaba el nombre de mi madre DOLORES LIRES CASTRO y padre desconocido, con ese documento en mi poder ¿cómo podría sospechar nada? Fue en éste mismo año, con ayuda de un abogado de la empresa de mi marido, cuando encontré en los Juzgados de Cartagena, otra partida de nacimiento con la fecha correcta, en la que pude leer: DOLORES VELÁZQUEZ LIRES, hija de Dolores Lires Castro y de Adrián Velázquez Gallardo, natural de La Algaba (Sevilla). Quedé en ese momento en shock, cayendo de rodillas al suelo consternada entre lágrimas y muy desconcertada. -

Sus hermanos no daban crédito a lo que Dolores les contaba, permanecían muy atentos y casi sin pestañear.

Dolores, pasó su infancia y gran parte de su adolescencia en un colegio de monjas, rezos por la mañana, tarde y noche, retiros espirituales y reglas estrictas. Era un sistema educativo de la época definido como autoritario, nacional-católico, sexista, clasista y doctrinal. Tenían la labor de saturar, con espíritu religioso y patriótico, donde debían resplandecer el amor a dios y la patria.

En los años cincuenta, se puede decir que la educación era una cuestión para ricos, sólo los que procedían de familias adineradas, podían permitirse el lujo de recibir enseñanza, los que trabajaban en el campo o la ganadería no tenían fácil el acceso a los estudios básicamente, porque necesitaban que los hijos, con edades preadolescentes, fueran mano de obra indispensable para el sustento familiar.

Desde los pocos meses de vida, Dolores vivió en Noia, un pueblo de la provincia de La Coruña, cargado de historia y leyendas, de tradición marisquera y con un marcado pasado medieval. La mayoría de la población vivía del comercio y de la captura del berberecho y la almeja, era gente sencilla y acogedora.

A su llegada al pueblo, Lola Lires fue recibida por un familiar que les dio amparo a ella y a sus hijos. Su madre, trabajó duramente para mantenerlos y darles lo necesario,

aunque tuvo que soportar desplantes y desprecios por parte de gente ignorante. Desde pequeña, siempre oyó que a su madre la llamaban “La Roja”, en tono de escarnio, humillada en multitud de ocasiones. Debido a su corta edad, Dolores, en aquel entonces no entendía nada, no sabía el significado de esa palabra, descubriendo años después, que también fue proscrita por sus propios familiares.

Después del largo rato, en un ambiente grato y placentero, tras escuchar las palabras de Dolores, Miguel sentado en un sillón de escay a su lado le dijo:

- Por lo que cuentas, no habéis tenido una vida fácil, pero te aseguro, que por aquí también ha sido duro y difícil, todos vivimos una guerra y posguerra penosa y complicada. Nuestro padre fue alcalde socialista aquí en La Algaba, afiliado al partido y sindicalista de la UGT. Dolores, a nuestro padre le llamaban “ROJO”.